

El perdón

Jesús comienza su predicación predicando la conversión. El perdón no puede ser dado sino por Dios, pero se necesita que alguien lo reciba. Y la conversión no es sino el acto del hombre que acepta la gracia que se le da. No se trata de convertirse para obtener automáticamente el perdón; el perdón es una gracia, y la conversión es la concreción, la acogida de esta gracia.

Los profetas predicaban la conversión para prepararse al perdón. Esta fue la misión de Juan bautista, y éste es uno de los aspectos de la misión de Jesús. «A esta generación no se le dará otro signo más que el de Jonás», declara en Lc 11, 29: el signo de Jonás es la llamada a la conversión. Marcos resume la predicación inicial de Jesús de la siguiente forma: «Decía: se ha cumplido el tiempo; ya llega el reino de Dios; convertíos» (Mc 1, 14-15). Esta conversión es pues la parte del hombre en su propio y

verdadero perdón.

En los evangelios sinópticos se nos dice que Jesús anunció una vez el perdón de Dios a un pecador; Jesús declara al parálítico que se le trae para que lo cure: «Tus pecados te son perdonados». Es una fórmula modesta, reservada; Jesús no dice: «Yo te perdono tus pecados», sino «tus pecados te son perdonados», es decir, «Dios te perdona tus pecados». Dios perdona los pecados en Jesucristo. El perdón individual de este parálítico es un signo del perdón universal, definitivo, que se dará al final de los tiempos. Así como el milagro es un signo de salvación definitiva, el perdón que Jesús otorga en vida es una anticipación, una prefiguración del perdón universal.

Es el único caso en que, en el evangelio de Marcos, Jesús da el perdón de esta manera. Lucas cuenta otros casos, pero de todas maneras no muy numerosos. La

razón es que en la mentalidad cristiana el lugar auténtico del perdón es el misterio pascual. Los hombres son llamados al perdón, son perdonados *en* la resurrección de Jesús. En definitiva, este perdón que se da en la resurrección de Cristo saca todas sus consecuencias de la parusía, del final de los tiempos. En efecto, aun después de la resurrección, todos los hombres son pecadores; estamos seguros de que hemos sido perdonados, pero estamos seguros al mismo tiempo de seguir siendo pecadores. No hay perdón definitivo más que al final de los tiempos. Por eso, los perdones de Jesús durante su vida terrestre no son todavía más que signos, promesas del perdón definitivo.

De todos los autores del Nuevo Testamento, Lucas es el que más insiste en la conversión y en los perdones dados ya por Jesús durante su vida terrestre. Vamos a estudiar a continuación los seis textos principales que nos hablan de ello.

Juan bautista anuncia el perdón en Jesucristo

Juan bautista no perdona; predica un bautismo de conversión *con vistas al* perdón de los pecados, el perdón que Dios iba a darnos en Jesucristo. Lucas sigue a Marcos, pero insiste más que él en esta idea. Veamos dos textos.

El Benedictus es sin duda, en su origen, un texto litúrgico de la iglesia primitiva, que celebra la salvación pascual en Jesucristo. En él se celebra la salvación dada *en* la casa de David, para que podamos servir al Señor justa y santamente. En este himno hay una estrofa que define la misión de Juan: «Y tú, niño, irás delante del altísimo»; esta fórmula designa al bautista como profeta del salvador, como nuevo Elías que debía venir para anunciar el juicio de Dios, según el libro de Malaquías (3, 23-24). «Tú irás delante del Señor preparando sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de los pecados» (Lc 1, 76-77). Juan no da el perdón de los pecados, sino el conocimiento de la salvación que será dada en el perdón de los pecados. Es el profeta del per-

dón, el último que viene antes de poder obtener este perdón en Jesucristo.

Según el relato de la anunciación a Zacarías (Lc 1, 17), Juan debía venir para «reconciliar a los padres con los hijos» (véase Mal 3, 24). Esta es la finalidad del bautismo de conversión, del que Lucas nos habla varias veces en los Hechos (13, 24; 19, 4).

Lucas, en su evangelio, insiste sobre todo en la descripción de esta conversión. Juan bautista pide a sus oyentes que «produzcan fruto de conversión» según Mateo, y según Lucas «frutos». Este último piensa más concretamente en las diferentes maneras de convertirse. Precisa (3, 10-14): «la gente venía a Juan, y le decía: ¿qué tenemos que hacer?». Este es, en Lucas, el vocabulario de la conversión. Pablo, en el camino de Damasco, pregunta: «Señor, ¿qué debo hacer?», es decir, ¿por qué actos concretos manifestaré mi conversión? Juan bautista los precisa detalladamente; exige el reparto fraterno: «que quien tenga dos túnicas, dé una a quien no tiene; que quien tenga que comer, comparta...». A los soldados les predica la justicia: «contentaos con vuestro salario; no explotéis ni violentéis a nadie»; lo mismo a los recaudadores de impuestos: «ni violencia, ni injusticias». Lucas se preocupa mucho del realismo de esta conversión. Nos da igualmente su sentido: se trata de una conversión con vistas al perdón de los pecados, que prepara la acogida de este perdón. La función de Juan bautista es preparar este perdón. El que perdona es Jesús. En el texto de Lucas nos encontramos con dos ocasiones en que se afirma esto explícitamente y otras tres en las que éste es su sentido profundo. Todos estos textos, menos el primero, son propios de Lucas.

El parálítico perdonado (5, 17-26)

La curación de este parálítico nos la cuentan los tres sinópticos y constituye uno de los primeros milagros de Jesús¹.

¹ Véase G. GAIDE, *Le paralytique pardonné et guéri* (Mc 2, 1-12): Assemblées du Seigneur, n. 38 (1970) 79-88.

Señalemos, en primer lugar, algunas observaciones literarias. Se trata de un relato de milagro, pero éste está totalmente orientado a una enseñanza: el milagro es el signo del perdón, la finalidad del texto es mostrar que Jesús tiene poder para perdonar los pecados. Mucho se ha discutido sobre el origen de este texto; se ha planteado la cuestión de saber si no fue construido en dos etapas: un relato de milagro habría sido utilizado para enseñar el perdón. Es posible. Nuestros evangelios no son nunca fotografías ni atestados matemáticos de lo que Jesús hizo. Todo en ellos está redactado a la luz del misterio de Jesús, y siempre tienen como meta enseñar. Y en esto son fieles a Jesús.

El perdón aparece en este texto un poco como algo añadido al texto del milagro propiamente dicho; si se omite este aspecto, el relato mantiene perfectamente su unidad y comprensión; pero, de todas maneras, la composición actual, que se encuentra en los tres sinópticos, es extremadamente antigua, y es de ella de la que nos ocuparemos a continuación.

En su introducción (5, 17-19), Lucas coloca todos los elementos: los oyentes, los doctores de la ley que serán útiles cuando Jesús pronuncie la frase que anuncia el perdón, Jesús «enseñando» (esto es normal en un relato de milagro: la finalidad de todo milagro es la de enseñar); Lucas añade que «el poder del Señor actuaba», que Jesús tiene poder para curar.

Unos cuantos hombres, pues, traen en una camilla a «un hombre que estaba paralizado» (a Lucas no le gusta decir «paralítico», que desde el punto de vista griego es menos elegante). Intentan llevarlo ante Jesús. Como había demasiada gente, suben a la terraza y, «separando las tejas», lo bajan ante Jesús. Aquí vemos, por este detalle, que Lucas es griego... pues no existen tejas en Palestina...

En el v. 20s. se encuentra el relato del perdón. Estamos frente a un fenómeno clásicamente bíblico de solidaridad: Jesús ve la fe del grupo, también evidentemente la del paralítico, pero sobre todo la de estos hombres que lo traen y que por ello son capaces de acoger el milagro como un signo de Dios. Esta fe inicial permite a Jesús actuar. «Viendo pues su fe, Jesús le dice: «Hombre, tus

pecados te son perdonados». Hombre: Mt y Mc dicen «hijo», término más semítico. «Tus pecados te son perdonados»: es un pasivo que en la lengua del tiempo de Jesús es generalmente una manera de expresar que es Dios quien actúa. Existen otros muchos ejemplos: «Dichosos los que perdonan, pues serán perdonados»; perdonados por Dios, evidentemente; «el hijo del hombre es entregado», no por Judas, sino por Dios, por nuestros pecados: tema clásico de la dogmática cristiana primitiva. Este pasivo es una manera de evitar el pronunciar el nombre de Dios, por respeto. Traducido correctamente a nuestro lenguaje, Jesús dice sencillamente: «Dios te perdona tus pecados».

¿Qué quiere decir esto en la mente de Jesús? Que el final de los tiempos ha llegado, que el reino de Dios está ya ahí, momento en que los pecados son perdonados. Todo el Antiguo Testamento se orienta hacia el día en que Dios perdonará los pecados, el día de la nueva alianza (Jr 31, 31s). Para Jesús, declarar «tus pecados te son perdonados» quiere decir «el reino de Dios ha llegado».

Ha llegado..., pero no del todo todavía: hay que pasar antes por pascua, es necesario que llegue la parusía para que se establezca de manera definitiva. Esta salvación es escatológica, para el final de los tiempos; y sin embargo ya está actuando, enteramente presente en Jesús. Estas dos dimensiones son muy características del pensamiento de Jesús. Y esto es particularmente válido por lo que se refiere al perdón de los pecados. El reino de Dios es el perdón de los pecadores..., y sin embargo este perdón nos deja todavía en nuestra condición de pecadores; nuestros pecados son perdonados... y sin embargo seguimos teniendo necesidad de ser perdonados. Esta paradoja del evangelio, de que la vida cristiana está basada en la certeza de que la salvación está en Jesucristo, que está ya en camino, en acción, pero que no se realizará plenamente, de manera definitiva e irrevocable, sino al final de los tiempos. Este perdón de Dios sólo Jesús puede expresarlo, ya que sólo él sabe que el reino de Dios está presente en él.

Inmediatamente, escribas y fariseos comienzan a discutir: «¿Quién es éste que dice tales blasfemias? ¿Quién puede quitar los pecados fuera de Dios?» Y tienen razón. El pecado es una ofensa a Dios —es el núcleo, tanto del

Antiguo como del Nuevo Testamento— y por tanto sólo Dios puede perdonarlo. Su fallo es no ser capaces de analizar la situación y de darse cuenta de que ante ellos se encuentra precisamente un enviado de Dios como nunca hubo semejante. Es la primera vez en la historia religiosa de la humanidad que un hombre se atreve a decir: «Tus pecados te son perdonados». Jesús lo hace, aunque ciertamente con gran humildad; no dice: «te perdono...», pero para la fe de los que están ante él expresa la conciencia que él tiene de ser la salvación enviada a los hombres. Rompiendo un poco los límites del texto, y teniendo en cuenta el conjunto del evangelio, se puede decir que, para Jesús, el perdón de los pecados se da en su resurrección, en su muerte, en su sacrificio; el perdón es fruto de su misterio pascual. Aquí, Jesús lo anticipa; es una especie de anuncio, de profecía, un signo de que se obtendrá en su muerte. Volveremos sobre este asunto.

«Pero Jesús, dándose cuenta de cómo razonaban, les contestó: ¿Qué andáis pensando?». Se podría hablar —como Lucas lo hace varias veces— de la penetración de Jesús que lee en los corazones. Pero no es necesario multiplicar los milagros, y la reacción de los escribas debió ser suficientemente clara como para poder leerla en sus rostros. Jesús les va a dar un signo visible. Decir a un paralítico: «Tus pecados te son perdonados», está bien, pero es algo que no se ve, pero si se añade: «Levántate y anda», se verá el resultado. «Pues para que sepáis que el hijo del hombre está autorizado para perdonar pecados *en la tierra...*, Jesús dice al paralítico: Escucha, tú, ponte en pie, carga con tu camilla y márchate a tu casa. En el acto...». «Para que sepáis...»: el relato del milagro está enteramente al servicio de una intervención mucho más importante: el perdón de los pecados.

Existe un claro progreso en la formulación. Al principio, Jesús decía: «Tus pecados te son perdonados», es decir, Dios te perdona; pero ahora Jesús presenta esto como un poder personal: se trata de la solemne afirmación según la cual el hijo del hombre tiene este poder. En esto podemos ver el trabajo de elaboración de la tradición. La primera afirmación está más en conformidad con la manera de Jesús: anuncia la salvación en nombre de Dios, nunca se sitúa él mismo en el centro de la escena.

Es probable que la segunda formulación haya tomado su forma definitiva en la fe pascual, ya que el perdón de los pecados se predica únicamente en Cristo resucitado. Se trata de una interpretación de los primeros cristianos, interpretación difícil de concebir antes de pascua.

«En el acto, se levantó...». El asombro, el temor se apodera de todos los asistentes, temor que en la biblia significa el reconocimiento de la acción divina. Y decían: «Hoy hemos visto cosas increíbles»; «paradoxa» es un término típicamente griego que se encuentra en todos los relatos griegos de milagro y designa algo contrario a lo normal, contrario al pensamiento, a las opiniones corrientes.

El perdón del paralítico es un texto común a los tres sinópticos. Es probable que este texto haya sido elaborado por lo menos en parte en la tradición pascual, pero en su origen se encuentra seguramente una tradición común: el recuerdo de que Jesús anunció en su vida terrestre el perdón actual de los pecados. Es el único caso común a los tres sinópticos. Tenemos 25 o 30 relatos de milagros, pero pocos relatos de perdón, lo cual tiene un profundo significado. Milagros hacían los profetas, e incluso los contemporáneos, pero ningún profeta se había atrevido todavía a decir a alguien: «Tus pecados te son perdonados». El perdón de los pecados no se concede más que en el misterio pascual, en la iglesia.

Leamos a continuación los textos propios de Lucas.

La pecadora (7, 36-50)

Lucas es el único que nos cuenta el maravilloso relato de la pecadora perdonada.

¿Qué razones tenía para presentarlo en el contexto en el que lo hace? Acaba de hablarnos de Juan bautista (texto común con Mateo): la pregunta de Juan a Jesús: «¿eres tú el que ha de venir?», la definición de la función de Juan que nos hace Cristo y, finalmente, el juicio de Jesús sobre su generación que le rechaza a él tanto como a Juan bautista. «¿Con qué compararé a la gente de esta generación?, exclama. Son como niños que juegan en la plaza unas veces a entierros y otras a bodas. Se dicen

unos a otros: hemos tocado la flauta y no habéis bailado; hemos hecho duelo y no habéis llorado. Viene Juan bautista: no comía pan, ni bebía vino, y decís: tiene demonio, está loco, pide demasiado, es un exagerado en ascesis. Viene el hijo del hombre: come y bebe como todo el mundo, va a las bodas de Caná, y decís: ved qué comilón y borracho, amigo de pecadores y publicanos. Si se es partidario de la ascesis, no lo admitís; si se quiere ser normal como todo el mundo, tampoco lo aceptáis. ¿Qué hay que hacer entonces?». Jesús se solidariza con Juan bautista contra esta gente que rechaza a los profetas independientemente de su estilo, ya sea ascético o normal. Es interesante constatar que a Jesús —muerto en la cruz después de haber comido normalmente todos los días— se le presenta aquí como alguien que no practica la ascesis.

Jesús acaba de definirse como el amigo de los pecadores y de los publicanos, al mismo tiempo que se presenta como el auténtico profeta que todos esperan. La llegada de la pecadora y el rechazo de los fariseos se presentan a continuación como un ejemplo. Lucas habría encontrado seguramente esta historia en la tradición, pero la sitúa aquí para ilustrar la enseñanza de Jesús y su comportamiento con los pecadores.

Este relato presenta algunas dificultades clásicas². Tenemos una composición de dos trozos, el relato de la llegada de la pecadora y la parábola contada por Jesús, que, a primera vista, no casan muy bien.

Un fariseo invita a Jesús a comer a su casa. Lucas nos habla tres veces de este tipo de invitaciones. Procura que nos demos cuenta de que había fariseos simpáticos. En Mateo siempre aparecen como enemigos; en Lucas, a veces lo son—y en esta ocasión también el fariseo criticará a Jesús—, pero antes le ha invitado a su mesa y no podemos menos de reconocer que se trata de un gesto de comunión, de alianza. Es muy probable que esta simpatía de Lucas por los fariseos corresponda a un hecho histórico: en aquella época, los fariseos eran la mayor parte de los judíos, y sería curioso que entre todos los que seguían

a Jesús no hubiera ninguno de ellos; pero se explica igualmente por la situación de Lucas: pertenece al ambiente paulino, y Pablo siempre estuvo orgulloso de ser fariseo; frecuentando a su maestro, se preocupó de mostrarnos a algunos fariseos simpáticos. Por su parte, Mateo escribe su evangelio en un ambiente donde es necesario luchar contra los fariseos. Esto explica la diferencia de sus comportamientos.

Así, pues, Jesús entra en casa del fariseo y se echa en el diván (en aquella época se comía tumbado en las comidas un poco solemnes). De repente llega esta mujer, conocida en la ciudad como pecadora. Su actitud es realmente excepcional, comenzando por el hecho de que se presente allí. Todos la conocen (quizá por haber tenido tratos con ella: siempre sucede que los más feroces en condenar a una pecadora son aquellos que se han aprovechado de ella). Ahí está, humillada, llorosa. No existe en el texto ninguna descripción psicológica, pero su actitud es evidentemente un signo de su arrepentimiento: gracias a Jesús, se ha dado cuenta de su pecado, lo ha comprendido, en Jesús ha entendido el amor de Dios. Por ello viene hacia Jesús para manifestar su arrepentimiento, en una manifestación pública, ante todo el pueblo reunido. Con esto está realizando algo francamente extraordinario. Que se traiga perfume, no es nada extraordinario en este país, aunque generalmente se derrama sobre la cabeza; al derramarlo sobre los pies, está diciendo que no es digna de hacerlo normalmente. A continuación, seca los pies con sus cabellos: esto no se hace nunca y constituye un signo extraordinario de amor y de humildad. Quedándose detrás de Jesús, proclama su indignidad.

El fariseo piensa para sus adentros: «si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que le toca y que es una pecadora». Esto quiere decir que Jesús tiene fama de ser un profeta y los fariseos se dicen entre ellos: si fuera cierto, no permitiría que le hiciera lo que hace... Jesús adivina las reacciones de Simón y le cuenta una historia: «un acreedor tenía dos deudores: uno de ellos le debía 500 denarios (equivalente al salario de dos años de trabajo); el otro 50; como ni uno ni otro podían reembolsar su deuda, se la perdonó. ¿Quién de ellos le amará más?». Simón le dice: «supongo que aquél a quien más se le ha

² Véase E. CHARPENTIER, *Le prophète ami des pêcheurs* (Lc 7, 36-8, 3): *Assemblées du Seigneur*, n. 42 (1970) 80-94.

perdonado». Jesús le dice: «tu juicio es recto». Todos nosotros ante Cristo somos deudores insolventes. Por ello, Jesús sitúa inmediatamente después el problema en el plano del amor. Su pregunta es: «¿cuál de ellos *amará* más?». En su comentario subrayará que el gesto de la pecadora es un gesto de amor. Pero hay que señalar —y esto es imprescindible para entender la frase que sigue— que el amor es la *consecuencia* del perdón y no su causa. ¿Quién le amaré? Aquel a quien más se ha perdonado. Al principio, al comienzo se encuentra el perdón. No puede traducirse, como se hace muchas veces: «se le ha perdonado mucho porque ha amado mucho». La parábola dice lo contrario: «ha amado mucho porque se le ha perdonado mucho».

Jesús comenta entonces la parábola; se vuelve hacia la mujer. Hasta ahora le ha dejado a sus anchas, que hiciera lo que quisiera; le ha obligado a llegar hasta el final de su arrepentimiento, de su testimonio. «Ves a esta mujer, dice Jesús al fariseo. No has derramado agua en mis pies (gesto habitual de hospitalidad). Ella, con sus lágrimas, no ha parado de regar mis pies...». No se trata necesariamente de un reproche a Simón: estos gestos de hospitalidad se hacían únicamente en las grandes cenas, y lo más probable es que ésta no pudiera considerarse como tal; Jesús está de paso, y le invitan después de la predicación: «No es un reproche, parece que le dice Jesús; que tú no lo hayas hecho, no me importa; pero ella lo ha hecho... Por eso te digo: sus numerosos pecados le son perdonados». Hay que traducir: esto se nota en el hecho de que ha amado mucho. En efecto, según la parábola, lo primero no es el amor, sino el perdón. No es el amor de la mujer lo que ha comprado su perdón, sino que el perdón constituye la fuente de su amor.

Una vez más, Jesús no dice «yo te perdono», sino «tus pecados te son perdonados». En cierta manera, se limita a constatar el perdón de Dios. Pero este perdón se concede en su presencia, ha sido el signo gracias al cual esta mujer se ha convertido. Él ha sido el que ha revelado una pureza, una justicia y un amor tales que ante ellos la mujer se ha sentido pecadora y se ha animado a venir. Difícilmente podemos imaginar que hubiera venido a llorar a los pies del fariseo. Siente que Jesús le comprende y respeta.

La explicación de todo el texto se encuentra en la

parábola: aquel a quien se ha perdonado mucho, ama mucho. Esta es la idea fundamental: el amor de Dios que Jesucristo revela.

Y como sucedió en la curación del paralítico, los fariseos se preguntan: ¿«quién es éste que incluso perdona los pecados?». Jesús dice a la mujer: «tu fe te ha salvado, vete en paz»; se trata de la fe por la que ha reconocido sus pecados, la fe que le permitió aceptar el perdón; y quizá sea éste el paso más difícil para el pecador. Nos cuesta creer que nos aman. El peligro de nuestra vida es la desesperación, la humillación de nuestro pecado y la vergüenza de volver a caer continuamente en las mismas faltas. La salvación, la fe, es creer que nos aman a pesar de nuestro pecado.

Vamos a leer ahora algunos textos donde la palabra perdón no está expresa, pero en los que su realidad está presente.

La alegría de Dios: tres parábolas (Lc 15)

Estas tres parábolas tienen una introducción en la que el tema del perdón se esboza claramente. «Los recaudadores de impuestos y los pecadores se acercaban a él para escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban y decían: este tipo acoge favorablemente a los pecadores y come con ellos». Nos encontramos, una vez más, con el tema de la comunión, por medio de la comida, con los pecadores. Lucas continúa: «Y Jesús les dijo esta parábola...». El contexto nos sitúa pues en la acogida que Jesús hace a los pecadores. Esto no quiere decir que Jesús anuncie inmediatamente a éstos el perdón. Los pecadores vienen a escuchar al profeta; en esta actitud existe evidentemente una cierta búsqueda de Dios. Pero, ¿se han convertido plenamente? ¿Se les ha dado ya el perdón definitivamente? No, sino que la enseñanza de Jesús está dirigida al término del encuentro y al perdón que en él les será acordado. En estas parábolas nos encontramos con una oveja, una moneda y un hijo que se pierden, y al final se vuelven a encontrar. Las tres son una

reflexión sobre el misterio de la conversión y del perdón ³.

Estas tres parábolas están compuestas literariamente de manera digna de mención: las tres se terminan señalando la alegría de volver a encontrar lo que se había perdido: el pastor que vuelve trayendo la oveja perdida sobre sus hombros, llama a sus amigos y vecinos: «alegraos conmigo, pues mi oveja se había perdido y la hemos vuelto a encontrar»; la mujer que había perdido su dracma, convoca igualmente a sus amigos y vecinos: «alegraos conmigo, pues he encontrado la dracma que había perdido»; el padre del joven dice dos veces: «hay que alegrarse, pues tu hermano se había perdido y ha sido encontrado, estaba muerto y ha vuelto a la vida». Se trata pues de un estribillo: el texto está cortado cuatro veces por la alegría de encontrar lo que se había perdido. Existe igualmente una progresión: parece que no es pura casualidad que tengamos una oveja entre cien, una dracma entre diez, y un hijo entre dos; volver a encontrar a un hijo es mucho más importante que volver a encontrar a una oveja entre cien.

Después de las dos primeras parábolas, nos encontramos igualmente con un versículo de explicación; en el primer caso tenemos: «*así*, pues, hay más alegría en el cielo por *un solo* pecador que se convierte, que por 99 justos que no tienen necesidad de conversión». Para la dracma: «*así*, pues, los ángeles del cielo se alegran por un solo pecador que se convierte». La idea de este texto es bien clara: se trata de alegrarse de la conversión. La alegría viene del perdón, y la conversión es como una consecuencia, un resultado del perdón. Los fariseos no entran en esta óptica, en esta orientación, y por ello critican: «este hombre acoge a los pecadores». Jesús les dice: «*daos cuenta de la alegría de Dios, la alegría que Dios siente en acoger, en perdonar*». La alegría es más importante que la conversión. Igualmente, la pecadora amaba porque se le había perdonado. Es siempre Dios el que empieza.

Debemos señalar igualmente otro contraste importan-

te entre las dos primeras parábolas y la tercera. Las tres tienen como objetivo la vuelta del pecador, pero la consideran desde dos puntos de vista diferentes y complementarios. La oveja y la dracma son seres materiales o sin consciencia: hay que ir a buscarlos. Estamos ante una imagen de la misión de Jesús: Dios *envía* a buscar al pecador, siempre es él el que empieza. Se habla de «conversión del pecador», pero el pecador no se convierte más que porque Jesús ha ido a buscarle. Solo, nunca hubiera podido abandonar su triste situación.

La parábola de la acogida del padre—en efecto, él es el personaje principal— presenta el aspecto inverso: el padre no hace nada, deja que su hijo se vaya. Esto no quiere decir que no le ame, sino que respeta su libertad. Y el hijo parte, realiza sus experiencias, descubre que los amigos hechos a base de dinero no duran mucho más que el dinero. Descubre el hambre, la soledad del hambre. Descubre igualmente a su padre, aunque de manera un tanto interesada: gracias al hambre. Él es el que se levanta para volver. El padre, por su parte, sube al tejado, contempla el horizonte; no envía a nadie para que lo busque y lo traiga a la fuerza: lo espera. Y cuando llega, el padre corre en su busca, y hace que traigan ropa y calzado y que maten el ternero cebado... Ni una palabra sobre el pasado de su hijo; ni le deja terminar su confesión. Las dos primeras parábolas son las de la búsqueda, la tercera la de la conversión, la de la vuelta.

De esta manera, Jesús presenta, una frente a otra, las dos libertades que juegan en todo perdón: la búsqueda del padre que va al encuentro del pecador y la búsqueda del pecador que va al encuentro de la acogida del padre. Se trata evidentemente de dos aspectos complementarios del perdón: en el perdón, como en la conversión, como en la fe, se trata siempre del encuentro de dos libertades. El perdón no es humillante, no rebusca en el pasado. El perdón es un respeto mutuo, dos libertades que se encuentran.

³ Véase J. DUPONT, *Le fils prodigue* (Lc 15, 1-3.11-32): Assemblées du Seigneur, n. 17 (1969) 64-72.

Zaqueo (19, 1-10)

La historia de Zaqueo se encuentra solamente en el texto de Lucas. La gran subida a Jerusalén se está terminando. Jesús acaba de curar a un ciego y atraviesa Jericó. Zaqueo tiene ganas de verle.

Zaqueo tiene mala fama en su ciudad. Es jefe de publicanos o recaudadores de impuestos. En la época de Cristo, la gente no tenía mucha simpatía hacia estos recaudadores de impuestos, por dos razones. Eran los que recogían el impuesto para los ocupantes romanos, enemigos y paganos; se tenía además la impresión de que el dinero que tenían que dar servía para el culto a los ídolos. Y si los recaudadores fueran romanos, todavía..., pero eran judíos., «colaboradores». Por otro lado, tenían además la fama, con razón la mayor parte de las veces, de no ser muy honrados. Este sistema de impuestos era poco más o menos el mismo que existía hasta hace no muchos años: el recaudador debía pagar una suma fija al estado y, para conseguirla, la recaudaba y la sacaba de los particulares. Rara era la vez que se conseguía de los particulares menos de lo que se debía pagar al estado. Por ello los publicanos eran odiados. Y Zaqueo era nada menos que jefe de publicanos.

«Quería ver a Jesús, saber quién era». ¿Interés? ¿Curiosidad? Jesús tiene fama de profeta y de taumaturgo; el interés de Zaqueo por Jesús parece motivado, como se verá a continuación, por una cierta búsqueda religiosa. Quiere ver a Jesús, pero es pequeño: se adelanta corriendo y sube a una higuera... todo un jefe de publicanos. Jesús levanta los ojos y le dice: «Zaqueo, baja en seguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa». Aquí Jesús le llama por su nombre, y decide alojarse en su casa. La intención de Lucas es ciertamente mostrarnos la intuición profunda de Jesús. Zaqueo baja rápidamente y, lleno de alegría, le recibe en su casa. Todos murmuran: con la cantidad de buenos judíos que hay en Jericó... alojarse en casa de un pecador...

Zaqueo, de pie, dice al Señor delante de todo el mundo (nótese el término *señor*; Lucas lo emplea porque se trata de algo importante, significando con esto que Jesús va a hablar como señor, a ejercer todo su poder). «Mira, la

mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres, y si a alguien le he sacado dinero, se lo restituiré cuatro veces». Nada de consideraciones sobre el pasado, ni de lamentaciones sobre su indignidad o sobre los pecados cometidos: únicamente la inteligencia del amor: doy la mitad de mis bienes a los pobres, restituí cuatro veces. Y Jesús declara a los asistentes: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también él es hijo de Abrahán. Porque el hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo». No se pronuncia la palabra «perdón», sino la de «salvación». El perdón es uno de los elementos esenciales de la salvación.

Estamos en presencia de un relato de conversión. Zaqueo ha sentido una llamada, tiene ganas de ver a Jesús: Jesús le atrae, y el resto del texto muestra que no se trata de una simple curiosidad, como podía ser la del viejo Herodes durante la pasión; en este oscuro deseo está ya en germen el arrepentimiento más o menos consciente; de todas maneras, lo que sí hay en él es una generosidad fundamental. Su deseo no solamente se cumple, sino que es ampliamente superado por Jesús: Zaqueo quería solamente ver; Jesús decide alojarse en su casa, antes de que haya dicho o pedido nada. Esta escena es muy semejante a la llegada al pueblo en el que su simple presencia atrae a la pecadora; Jesús no le dice: «eres una pecadora»; lo único que ha hecho es estar allí, en su pureza trascendental, con su acogida amorosa. Aquí, aún va la cosa más lejos: Jesús toma la iniciativa de llamar a Zaqueo, de invitarse a su casa. Esta no es, efectivamente, nuestra manera de tratar jurídicamente a los pecadores; es la manera de Dios.

Fácil es comprender que Lucas le llame «señor», ya que su comportamiento es francamente señorial. Como en el caso del paralítico, aparece el tema del «hijo del hombre»: «el hijo del hombre tiene poder para perdonar pecados» (paralítico); «el hijo del hombre ha venido para buscar lo que estaba perdido y salvarlo». Tenemos aquí probablemente un eco del célebre pasaje de Ezequiel (34, 16): el buen pastor que busca la oveja perdida. Es uno de los temas que mejor expresa la idea del perdón. Y como aquí no se trata de una parábola, sino de la actitud real de un hombre, Zaqueo, de su llamada, de su asombro, de su decisión, Jesús puede sacar todas las consecuencias de

la gracia que encarna: es el señor, el hijo del hombre, el que ha venido para buscar y salvar lo que se había perdido ⁴.

El buen ladrón (23, 35-40)

El episodio del buen ladrón es uno de los más ricos en matices a propósito del tema del perdón.

El episodio adquiere todo su sentido en el contexto en el que está situado. Jesús está clavado en la cruz y los sumos sacerdotes y los escribas se ríen de él. En Marcos y Mateo gritan: «a otros ha salvado, y él mismo no puede salvarse. Si es el Cristo, el rey de Israel, que baje de la cruz para que veamos y creamos». El texto de Lucas es ligeramente diferente: «a otros ha salvado, que se salve a sí mismo, si es el Cristo, el Hijo de Dios, el elegido». Aquí no se dice que baje y creeremos; pero de todas maneras ambos textos están impregnados de la misma atroz ironía.

Por otro lado, es característico que Lucas haya invertido el orden de los materiales, si lo comparamos con Marcos. Da la impresión de que Lucas quiso reunir aquí todos los detalles que recuerdan la realeza de Jesús ⁵. Los jefes dicen: «si es el Cristo de Dios, el elegido (= el rey mesías)» (v. 35); los soldados, que no aparecerán sino más tarde en Mt Mc, se ríen de él: «si eres el rey de los judíos, sálvate» (v. 36-37), y «había una inscripción encima de su cabeza: éste es el rey de los judíos» (v. 38). Así, pues, se proclama tres veces su título real y tres veces se repite el saludo «sálvate a ti mismo»; la tercera vez, es uno de los malhechores crucificados con él el que le insulta: «¡sálvate a ti y a nosotros!». Se insiste pues en la realeza de Jesús (para reírse de ella), y en la provocación a que se salve. Mt Mc se quedan ahí, pero Lucas añade el episodio del buen ladrón.

Este relato está en perfecta correspondencia con lo

⁴ Véase A. M. COCAGNAC, *Zachée, l'Eglise et la maison des pécheurs* (Lc 19, 1-10): Assemblées du Seigneur, n. 62 (1970) 81-91.

⁵ Véase A. GEORGE, *La royauté de Jésus selon l'évangile de Luc*: Sciences Ecclésiastiques (1962) 57-70; A. GEORGE, *La seigneurie de Jésus dans les évangiles synoptiques*: Lumière et Vie, n. 57 (1962) 22-42.

El hoy de la salvación

La palabra «hoy» ocupa un lugar importante en el evangelio de Lucas. Casi todas las veces en que aparece el término «salvación», le acompaña el «hoy». «Hoy os ha nacido un salvador»; «hoy ha llegado la salvación a esta casa»...

Lucas lee siempre la Escritura en dimensión de presente, y de esta manera la actualiza. No podemos leer el evangelio como si se tratase de una pieza de arqueología; cierto que la historia nos da una serie de luces para poder comprender, pero la fe, la lectura de la Escritura en la fe significa escuchar a Dios que nos dice: «hoy...». Dios no se sitúa ni en el pasado ni en el futuro. Nos llama hoy y nos salva hoy.

que le precede: el malhechor confiesa la realeza de Jesús, de la que todos se ríen: «acuérdate de mí cuando vuelvas en tu realeza, en tu poder real»; esta proclamación es fruto de la fe, por lo cual Jesús le anuncia la salvación; la salvación de la que se reían los otros era una salvación carnal, temporal: bajar de la cruz. Jesús anuncia al buen ladrón una salvación mucho más profunda: «hoy estarás conmigo».

El ladrón es el tipo mismo del que se convierte. Es un pecador que confiesa su pecado y acepta su castigo: «nosotros, dice al otro ladrón, recibimos lo que merecemos». Proclama la inocencia de Jesús y, mientras todos se ríen de su realeza, hace un acto extraordinario de fe y proclama su realeza: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu poder real, como rey» (más bien que «cuando vengas en tu reino», como se traduce a veces). Jesús agoniza, clavado en la cruz, desnudo, humillado, rechazado, insultado, después de haber fracasado en su misión, y he aquí que un moribundo habla a este moribundo de su dignidad real. ¡Qué fe tan extraordinaria!

Jesús podría haberle dicho: «tu fe te ha salvado». De hecho es prácticamente lo que le declara: «en verdad te

digo, hoy, conmigo, estarás en el paraíso». Nos viene a la mente el genial comentario de Bossuet: «Hoy —qué rapidez— conmigo —qué compañía— en el paraíso —qué descanso—». Se discute a veces sobre la exacta significación de este «hoy» de salvación (simbolizado por el paraíso). Se trata probablemente de una participación inmediata en el «paraíso», el lugar de los justos en la mentalidad judía. En efecto, el «hoy» de Lucas es muchas veces el hoy de la salvación: «hoy ha entrado la salvación en esta casa», «hoy os ha nacido un salvador», «hoy se cumple esta Escritura». Pero tampoco se puede excluir otra posibilidad: el paraíso designaría el lugar donde se espera la resurrección (como se dice en algunos textos judíos), ya que Lucas subraya muchas veces que Jesús resucitó el tercer día, y «hoy» es el viernes. Así, pues, Jesús habría querido decir: «hoy estarás conmigo en el lugar provisional donde están los muertos». Difícil de elegir: ¿se trata de la salvación provisional, hasta que llegue la resurrección?; ¿se trata ya de la participación en la resurrección de Jesús? De todas maneras, lo que garantiza al ladrón es que *estará con Jesús*. Quien está con Jesús, jamás se verá separado de él. Estar con Jesús significa el perdón, la salvación. Jesús anuncia la salvación para «hoy» a este hombre arrepentido y que acepta su castigo, a este hombre que acaba de proclamar una fe extraordinaria en su realeza.

No es una casualidad que esta admirable escena de perdón se sitúe en el calvario. La más antigua tradición cristiana dice que nuestro perdón se realiza en la muerte de Jesucristo. Este acto señorial de Jesús, en el momento en que todo se hunde, cuando más humillado se encuentra, cuando agoniza al morir, es el más maravilloso signo de salvación que podía ofrecernos: ahí, más que en ningún otro sitio, es el «señor».

El sentido del perdón

Acabamos de leer los textos en los que, de manera implícita o explícita, Lucas nos presenta el perdón como una de las formas más importantes de la salvación. Si queremos analizar el sentido del perdón en Lucas, hay

que seguir la línea del tema a través de las tres etapas de la salvación: el tiempo de Jesús, el tiempo de la iglesia, la escatología (o final de los tiempos).

1. El tiempo de Jesús

Durante su misión terrestre, Jesús anuncia el perdón de Dios. «Tus pecados te son perdonados», dice al paralítico y a la pecadora; «hoy la salvación ha entrado en esta casa», es decir, Dios ha otorgado la salvación; «hoy estarás conmigo»: «hoy Dios te acogerá conmigo en el paraíso». En estos textos, Jesús anuncia el perdón de Dios, sólo Dios puede perdonar los pecados. Pero hemos encontrado igualmente dos textos en los que el perdón está unido con un acto del hijo del hombre: «el hijo del hombre tiene poder para perdonar los pecados», declara al paralítico; y a Zaqueo: «el hijo del hombre ha venido a buscar lo que estaba perdido y a salvarlo»; en estos textos, ya no es Dios quien perdona, sino que Jesús concede el perdón por un poder personal, el hijo del hombre está encargado, por misión divina, del perdón y de la salvación de Dios. Esto corresponde de manera especial al tiempo pascual, ya que en pascua Jesús es constituido definitivamente en todos sus poderes. Durante su vida terrestre, el papel de Jesús respecto al perdón es el de anunciarlo, de significarlo por su presencia: «el reino de Dios está ahí»; Jesús es la presencia del reino, como muy bien lo ha subrayado R. Schnackenburg⁶.

La actitud y el comportamiento del pecador juegan un papel importante en el perdón: la conversión. Generalmente no se pronuncia el término como tal, pero esto significan el gesto de la pecadora, de Zaqueo o del ladrón. El perdón es la gracia por excelencia, pero la soberana libertad de Dios debe ser acogida por la plena libertad del hombre. De varias maneras se expresa la gratuidad de la acción de Dios; en el episodio del paralítico aparece en la iniciativa de Jesús: el desgraciado viene a buscar su curación, y Jesús le declara: «tus pecados te son perdonados»; no pedía tanto. En el caso de la pecadora, lo que

⁶ R. SCHNACKENBURG, *Reino y reinado de Dios*. Fax, Madrid 1967.

El juicio escatológico

Lo que nosotros llamamos el juicio final o escatológico no es más que la constatación personal de lo que uno es realmente, es el descubrimiento ante todos de la verdad de los seres.

¿Cuándo tiene lugar? «Hoy», ahora. Juan insiste mucho en este punto: el que cree en mí, repite constantemente Jesús, ha pasado ya a la vida, no hay juicio para él, no hay condena. La materia de mi juicio es mi vida actual. Este juicio es la verdad, la constatación de la realización o del fracaso de los seres en relación con su libertad. El juicio no se sitúa en el futuro: es la mirada que Dios me dirige ahora.

Hablar de juicio escatológico es hablar de revelación a los demás. La obra de Dios no se realizará más que cuando todos los hombres se hayan salvado, ya que el hombre no puede salvarse solo. Yo no puedo salvarme sin los otros hombres, sin aquellos de los que soy responsable, los padres sin sus hijos, el papa sin la iglesia... ¿Cómo podría Jesús estar en la gloria mientras haya hombres en el infierno? Para ellos precisamente vino; por ellos murió: ¿puede salvarse sin ellos? El juicio escatológico significa que no puede haber más que salvación total. El hombre no se salva más que cuando la humanidad entera se realiza, cuando el misterio histórico de la iglesia llega a su término. La salvación es la realización del pueblo de Dios en su totalidad.

primero aparece es la actitud y el comportamiento de ella, su humillación, su amor; pero la función de la parábola de los dos deudores es explicar su verdadera perspectiva: la mujer ama mucho porque se le ha perdonado mucho; la parábola restituye la primacía al perdón. La iniciativa de Dios en Jesucristo está particularmente subrayada en el caso de Zaqueo; éste quiere ver a Jesús, pero de hecho es Jesús quien le llama y quien se invita a su casa; Zaqueo, al sentirse amado y perdonado, ama a su vez. En todos estos relatos la libertad del hombre y la de Dios

están jugando simétricamente, pero Lucas insiste: siempre es Dios el que comienza.

Estos perdones no son todavía más que signos: sus destinatarios son solamente algunos individuos aislados; ahora bien, lo que nosotros queremos es la salvación de todos los hombres, y este perdón, como decíamos, es limitado, localizado, temporal; probablemente, la pecadora y Zaqueo pecaron todavía después del encuentro con Jesús. De todas formas, sabemos por experiencia que, después de recibir el perdón, seguimos pecando. Este perdón del tiempo de Jesús no es sino signo del perdón total, definitivo, universal, que esperamos del Señor. Sólo en la salvación pascual podrá ofrecerse el perdón a todos los hombres.

2. El perdón pascual

El mensaje de Cristo resucitado, al atardecer del día de pascua, es muy característico en el texto de Lucas: «Así estaba escrito: el mesías padecerá, resucitará al tercer día, y en su nombre se predicará el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todos los pueblos» (Lc 24, 46-47). El día de pascua, todo el mundo puede ser invitado a arrepentirse y recibir así el perdón dado en Jesucristo. «Hacedos bautizar con vistas al perdón que Dios os concede»: este será uno de los estribillos de la predicación apostólica⁷. Al perdón-signo del tiempo de Jesús, sucede la predicación universal de la salvación.

Este perdón es siempre el perdón de Dios, el que nos concede en Jesucristo: nos concede este perdón porque ha resucitado a Jesús (Lc 24, 47; Hch 2, 38; 5, 31).

Este perdón, que ahora se predica a todas las naciones, entraña siempre una exigencia de conversión. En los Hechos se habla muchas veces de ella, así como de la fe y del bautismo, la fe como fuerza interior de la conversión, y el bautismo que constituye su signo oficial.

Lucas nos dice dos veces que la conversión es un don de Dios: «En Jesucristo se otorga a Israel el don de la conversión y el perdón de los pecados» (5, 31), y después

⁷ Hch 2, 38; 3, 19; 5, 31; 10, 43; 13, 38; 26, 18.

de la conversión del romano Cornelio, los judíos de Jerusalén exclaman: «así, pues, Dios concede a los paganos el don de la conversión» (11, 18). La conversión es la parte del hombre en su perdón, pero incluso esta parte es un don⁸.

De esta forma, en Lucas la conversión es primeramente otorgada, a título de signo, a algunos individuos durante la vida de Jesús, y luego, a partir de pascua, se predica la conversión a todas las naciones y se institucionaliza en el bautismo y la fe; pero finalmente, el perdón es escatológico.

⁸ Véase J. DUPONT, *La conversion dans les Actes des Apôtres: Lumière et Vie*, n. 49 (1960) 48-70.

3. El perdón escatológico

Incluso dentro de la iglesia, y bautizados en el Espíritu Santo, continuamos siendo pecadores; la oración que Jesús nos dejó contiene la expresión: «perdónanos nuestras deudas»; nuestra situación es una situación de pecadores. El perdón universal y definitivo, con todas sus consecuencias, significado en la vida terrestre de Jesús, proclamado a todas las naciones por la iglesia en el mensaje pascual, lo esperamos para cuando llegue definitivamente el reino de Dios. Este perdón de Dios es la nueva alianza, la paz definitiva, la salvación, es el día en el que, «conociendo como somos conocidos» (1 Cor 13, 12), la fragilidad de nuestro tiempo será definitivamente superada.

¿Se salva todo el mundo?

Jesús no dice nada de esto, pero lo podemos pensar. Jesús habla muchas veces del infierno, no para comunicarnos que hay hombres en él, sino para decir que es el peligro que todos los hombres corremos. Dios ha hecho al hombre libre; hay que aceptar este riesgo de la libertad. El acepta pues que digamos no, y por nuestra parte constatamos todos los días que este riesgo existe.

Al igual que Jesucristo, el apóstol, el hombre responsable de la salvación de sus hermanos –y todos somos responsables de ellos– ¿podrá no sentirse angustiado ante el riesgo de la libertad? Por ello, Jesús y los santos hablaron tantas veces del infierno. Pero para poder hablar del infierno, es necesario ser puro; presentarlo como la venganza de Dios es reírse e insultar a Dios. Incluso Sartre no atribuye el infierno a Dios: en *Huis clos* dice: «el infierno son los otros». No; el infierno es mi soledad. Sí, efectivamente, en la vida no sé abrirme, si me quedo cerrado en mi desesperación, acorralado en un círculo estrecho y frío, no

me realizo. Sólo la donación a los demás es fuente de realización personal.

Por eso se puede comprender la angustia de Jesús y de los santos al ver tantos hombres que malpieren su vida, que no saben amar, darse, que se aferran a tonterías sin importancia, que viven pendientes de cosas que no son dignas de ellos. Cuando hablan del infierno, no es para destruir, sino para recordar que toda libertad está continuamente arriesgando el descarrilamiento, el sabotaje, y que más o menos siempre hay algo de eso.

En el infierno no se encontrarán probablemente más que los teólogos... En efecto, ¿cómo podemos pensar que los hombres, durante su vida, tuvieron suficiente conciencia y luz como para arriesgar su destino eterno? Qué pocos hombres han sido realmente conscientes del amor del que eran objeto. Concedamos a Dios por lo menos ser bueno, un poco mejor que nosotros. Tengamos la delicadeza y la elegancia de no ir hacia él por miedo.

Creemos que Dios creó a todos los hombres para la salvación y que a todos da lo que les es indispensable para esa misma salvación.

ALGUNOS TEMAS IMPORTANTES DE ESTE CUADERNO

DIOS

¡Abba! Padre: 43, 47, 48, 51.

La gloria de Dios y la salvación de los hombres: 51-53.

Dios perdona: 56, 58, 66.

Perdón otorgado en la resurrección de Jesús: 59-60, 66-67.

JESUS

La persona de Jesús, centro del mensaje: 8, 21.

Las Escrituras: 14-15, 21, 38, 39, 40, 41.

salmo 2: 15, 18; Is 61: 21, 23.

Tipología: 8, 40.

Eliás: 9, 22-23, 25, 36; Moisés: 25 (véase *profeta*); Salomón: 31;
nuevo Adán: 19, 36, 41; servidor de Isaías: 25, 35; pascua judía: 34.

Sus títulos

el señor: 9, 16, 22-23, 30, 37, 39, 41, 64, 65.

salvador: 9, 16, 41.

el maestro: 25.

mesías y Cristo. Hijo de David: 15, 16, 17, 19, 23, 30, 36, 39.

profeta: 18, 22, 25, 28, 41, 45, 61.

hijo del hombre: 29, 36, 60, 64.

hijo de Dios: 16, 18, 20, 25, 30, 37, 41, 44; oración: 43-49.

rey: 18, 20, 30-33, 38, 39, 41, 65.

Jesús y la humanidad

su humanidad: 20, 36, 41, 47.

su pobreza: 16, 20.

interés por los pequeños, los pecadores: 9, 60.

misión universal de la salvación: 17, 19.

A la gloria por la cruz: 24, 25, 27, 28, 34, 38, 41.

subida a Jerusalén: 7, 26-30.

su muerte, sacrificio pascual, sacrificio de alianza: 34-36.

El reino de Dios (la salvación) presente en Jesús: 9, 23, 32, 50s, 58, 67.

«Hoy»: 9, 64.

EL ESPIRITU

Jesús, lleno del Espíritu: 18, 20, 22, 45, 47.

Dios y Jesús dan el Espíritu: 27, 39, 53.

EL DISCIPULO

Jesús «modelo» del discípulo: 46; en la tentación: 47, 62-63, 64, 65.
conversión: 9, 27, 38, 63, 67.
decisión personal de fe: 9, 27; salvación por la fe: 17, 65.
caridad fraterna: 9, 57.
oración: 9, 36, 50-53; renuncia: 9, alegría: 9, 62.

JUAN-BAUTISTA: 13, 17, 57

LUCAS

creyente: 6, 8, 10.
artista: 7; griego: 7, 13.
historiador: divide la historia en «períodos»: 8, 18.

TEXTOS ESTUDIADOS

1, 26-28	Anunciación	14-16
2, 1-20	Nacimiento de Jesús	16
2, 22-40	Presentación de Jesús en el templo	17
3, 1-18	Predicación de Juan bautista	57
3, 21-22	Bautismo de Jesús	18, 45
3, 23-29	Genealogía de Jesús	18
4, 1-13	Tentación de Jesús	19
4, 21-30	Predicación en la sinagoga de Nazaret	21
5, 16	Oración en la predicación	45
5, 17-26	El paralítico perdonado	57
6, 12	Oración en la elección de los apóstoles	45
7, 11-17	Resurrección del joven de Nain	22
7, 36-50	La pecadora	59
9, 18-24	Confesión de Pedro	23, 45
9, 28-36	Transfiguración	24, 45
11, 1-13	El «Padrenuestro»; la oración	50
12, 49-53	La misión de Jesús	26
13, 31-33	El profeta destinado a la muerte	27
15	Tres parábolas de la misericordia	61
17, 22-37	El día del hijo del hombre	28
18, 1-8	La viuda y el juez	53
19, 1-10	Zaqueo	63
19, 11-27	El noble que se va para recibir el título de rey	30
19, 29-48	La entrada de Jesús en Jerusalén	31
22, 14-18	La cena	34
22, 31-32	La oración por Pedro tentado	47
22, 39-46	En el monte de los olivos	36, 47
22, 66-23, 1	Jesús ante el sanedrín	36
23, 34-40	Jesús en la cruz ora y perdona	48, 65
24, 1-12	Las mujeres en el sepulcro	37
24, 13-25	Discípulos de Emaús	38
24, 36-53	La aparición final a los once	38